

¿Dónde estabas tú?

Sergio Rubio Blanco



Capítulo 1

Recuerdo que escarbé en las entrañas de tu pupila para observar lo que veías. Me adentré en la raíz de tu pelo, esa maravilla de melena que mecía el viento. Probé la última gota de sudor de tus cristales en el lejano rumor de los legajos de una tristeza adyacente. Por instantes me movía el arpa de tu sensibilidad que bailaba agarrada a los tres detalles de tu cintura, una armonía de arte en manos de un pintor atormentado.

Caminé por la senda de tus infinitas ilusiones, aquellas de las que el alba fue testigo en el despertar de tu espontaneidad. Trepé hasta el cielo por las ramas de tu cultura, caí y me sentí pequeño pero sólo hasta que me recogiste en la hierba de tu locura, levantándome con la ayuda del color de tu arco iris.

Fabriqué un altar para tus dudas, siendo la última piedra el homenaje imberbe a tu feminidad desnuda. Supuse la enésima infracción en la ley de tu ternura encorvada por el dictamen de tu pasión.

Robé tu primer sueño y hurté el penúltimo para que no te perdieses en el océano de tu creatividad. Me situé con dos tulipanes en el rincón de tu aliento azabache para fotografiar los tejados de tus labios brillantes nunca manchados de carmín.

Buceé entre las fotos de tu pasado, aquél sobre el que posaste los logros de tu porvenir. Era la última ola de perfume que rezumaba tu piel. Pespunté las postreras pinceladas que tus pies dibujaban sobre la marea que generaba tu tarde ataviada.

Fui el vespertino reflejo de tu comprensión, aderezada por una educación que veneraba la justicia social, esa que se escapa de los textos. Me sentí la flora y fauna de tu simpatía, el norte y sur de tu cercanía bordada por la fiebre de tu simetría. No descuidé ser el definitivo grano de arena que tu pisada retrataba sobre la tierra firme de tu decisión.

Me vestía con tu cansancio, trenza a trenza, al galope de anhelos situados en el horizonte de tu cuello.

Descendí por los últimos pétalos de tus senos hasta el milagro de tu vientre, un resplandor de la esperanza humana al calor del hijo que nunca tuvimos.

Conservé intacto el hospicio que tus manos suponían para mi intranquilidad, unas manos que parecían creadas para sanar a los hijos de la naturaleza.

No me asustó ser el último punto de la sombra que tu cuerpo reposaba, una ráfaga lunar resuelta en ayuno. Me acerqué a tu sonido para ser la última carcajada de tu sonrisa, la sintonía decidida que marcaba la magia de tu gesto. Quise ser la estela nimia de tu capa, el infinito fragmento de la cicatriz que sanaba tu derrota.

Adulé tu independencia patriarcal mientras me lavaba con las infinitas gotas de tus venas y limpiaba los últimos destellos de la contaminación de tus pulmones.

Estuve en cada elemento de tu esencia pero, mientras tanto, ¿dónde estabas tú?

Sentí cada partícula de tu sustancia pero, mientras tanto, ¿dónde estabas tú?

Será que me hice tan pequeño que no me observaste, que no te diste cuenta de mi manera de cuidarte. Será que fui tan diminuto que no vislumbraste mi ausencia. Será que no viste agua en los lagos de mis señales ni llamas en el fuego de mis timbales. Pero...dime, mujer: cuando te amaba, cuando sólo yo te amaba en aquel otoño de hojas rotas, ¿dónde estabas tú?